

DE NUAACHOTT A NAIROBI

En Africa, durante esta década, a medida que los dirigentes políticos han ido tomando consciencia de las realidades continentales han fraguado, a escala muy desigual, proyectos tendentes a la unión de varios países. Juzgadas objetivamente, tales ideas no son el producto de la megalomanía de líderes prominentes, ni tampoco están inspiradas en el anhelo de resucitar los viejos imperios africanos, como podrían sugerir los nombres, cargados de evocación, de Ghana o Mali, que ahora han renacido. Su motivación es más profunda y radica en la propia esencia de las cosas. Africa es, fundamentalmente, un Continente dividido artificialmente por la colonización. Los Estados europeos que allí se instalaron trazaron—como se pudo comprobar en el tratado de Berlín—los límites de sus colonias atendiendo a sus apetencias o arguyendo los puntos alcanzados por sus expediciones de exploración, sus avanzadillas militares, sus misiones evangelizadoras o el comercio de sus nacionales. Como consecuencia de ello, las fronteras que ofrecen la mayoría de los territorios coloniales, transformados hoy en Estados, que en la vida internacional tienen un voto de igual dimensión que el de los más avanzados países del mundo, son hasta tal punto proteicas que implican, por su propia arbitrariedad, diversos problemas. Primeramente, en muchos casos, estas fronteras dividen grupos tribales de la misma etnia entre diferentes Estados. Para aducir un ejemplo citemos que las tribus somalíes han sido escindidas residiendo núcleos apreciables en Kenya y Etiopía, que los Ewe residen a ambos lados de la frontera divisoria entre Ghana y Togo, etc. En segundo lugar, cierto número de esos Estados son económicamente inviables y sólo pueden, aislados en un conjunto económico mayor, arrastrar una vida lánguida mediante la ayuda exterior. Los nombres de Gambia, Togo o Burundi bastan para demostrar que, reducidos a sus propios recursos, han de persistir en una vida paupérrima, simi-

lar a la que conocían al principio de la colonización europea. Finalmente, la división artificial de una misma etnia entre diferentes Estados africanos ha creado, forzosamente, recelos y disgustos que se traducen en pugnas y luchas interafricanas. En tal sentido la creación de complejos territoriales más vastos, al englobar las agrupaciones humanas ahora fragmentadas, supondría un factor de pacificación del Continente.

Estas razones, que tan brevemente exponemos, junto a las derivadas del prestigio internacional, han estimulado a destacados políticos africanos a lanzar ideas de unificación. En algunas ocasiones, las más frecuentes, se trata de uniones regionales—que por ahora parecen las más factibles—. En otras, como en el, por ahora, quimérico proyecto de Nkrumah de crear los “Estados Unidos de Africa”, abarcan la totalidad del Continente.

Ahora acabamos de asistir a una nueva tentativa de federación de diversos Estados, cuya tentativa ha alcanzado un éxito relativo. Si bien no puede hablarse de la creación de un superestado, ciertamente supone un logrado intento de aglutinar bajo ciertos rasgos comunes a un amplio grupo de países independientes. Nos referimos a las reuniones de Nuakchott.

El 10 de febrero, en la capital de la República Islámica de Mauritania, comenzaban las reuniones de la Conferencia que reunía a trece Estados subsaharianos de habla francesa, además de Madagascar¹. Estos Estados, en septiembre de 1961 habían constituido la U. A. M. (Unión Africana y Malgache), que funcionó hasta marzo de 1964, en que fué disuelta dando paso, en el siguiente mes de abril, a la U. A. M. C. E. (Unión Africana y Malgache de Cooperación Económica). El objetivo esencial de la reunión consistía, en su aspecto formal, en la transformación de la U. A. M. C. E. en una nueva organización que salvaguardara simultáneamente los principales intereses de sus miembros y los aspectos esenciales de la cooperación entre los Estados de habla francesa que todos ellos—excepto Guinea y Mali, que no participaron en las deliberaciones—consideran fundamental en virtud de las urgencias del nuevo horizonte político africano.

Uno de los motivos de la creación de la Organización de Unidad Africana era el de terminar con las agrupaciones que fragmentaban la unidad continental. Desde el primer momento de la independencia los diversos Estados habían manifestado la tendencia a constituir bloques que, en su pro-

¹ Alto Volta, Camerun, Congo (Brazzaville), Congo (Leopoldville), Costa de Marfil, Chad, Dahomey, Gabon, Mauritania, Níger, República Centroafricana, República Malgache, Senegal y Togo.

liferación, atentaban contra toda posible aglutinación futura. Así, los grupos de Casablanca, Monrovia, U. A. M., etc., escindían el Continente en parcelas discordes, frecuentemente hostiles, que perjudicaban la cooperación panafricana. La conferencia de Addis Abeba venía a ser el primer intento serio contra esa atomización, y en su Carta se plasmaba la vocación unitaria. Parecía superada, mediante este instrumento, la inicial trayectoria desintegradora y por ello las agrupaciones regionales fueron desapareciendo. La U. A. M., como anteriormente anotamos, se disolvió en marzo de 1964 para no obstaculizar el funcionamiento de la O. U. A.

La desmedida atención dedicada en las conferencias interafricanas al aspecto doctrinal de la política es causa principal en el letargo africano. Si ciertos Estados pretenden encontrar la solución de sus problemas por las vías del "socialismo africano", en uso de su indiscutible derecho soberano, no es menos cierto que sus esfuerzos para tratar de imponer tales doctrinas a otros Estados que las rechazan supone un acto que, además de perturbar el desarrollo, entra de lleno en el imperialismo ideológico. Por otra parte, enzarzarse en discusiones bizantinas acerca de cuál es la única ideología válida para todo un continente tan polimorfo, y ejecutar acciones bélicas para la imposición de tales doctrinas, sólo tiene por consecuencia sembrar el caos económico en unos momentos en que Africa tiene que asentar firmemente las bases de su economía para eliminar los espectros del hambre y del desempleo que amenazan su porvenir. Ningún argumento puede justificar esta agitación que ahora se despliega a escala continental, imposibilitando su progreso. Pero la O. U. A., cuya aparición suscitó tan nobles esperanzas de armonía y cooperación, ha mostrado deliberadamente ignorar estas conductas que son la fuente de las tensiones vigentes. Cotidianamente saltan al primer plano nuevas y agresivas resoluciones que enturbian el ya inquieto panorama². Como todo conglomerado a escala continental o mundial, la O. U. A. padece las limitaciones que emanan de su propia heterogeneidad. Por esto, ante la evidencia de que resulta prematuro confiar el destino del continente tan sólo en las manos de esa organización, los Estados integrantes de la extinguida U. A. M. han creído útil reconsi-

² Así, en los últimos meses, tenemos los graves acontecimientos del Sudán, que además de ver agravado su problema interno—pudiera hablarse claramente de dos Sudanes—, adopta un sesgo amenazador para sus vecinos; la agresividad de Tanzania, convertida en un trampolín bélico del comunismo, y la desorbitada reacción de Uganda ante provocaciones no bien esclarecidas.

derar los aspectos vitales del panorama político africano a la luz de los últimos acontecimientos.

La Carta de Addis Abeba consideraba inviolable el principio de la independencia de los Estados africanos y su integridad territorial proclamando el respeto de las fronteras existentes en el momento de su adhesión a la soberanía. Pese a ello, no han desaparecido las reivindicaciones territoriales por parte de algunos miembros de la O. U. A.³, ocasionándose luchas armadas y situaciones de tensión incompatibles con el pacífico desarrollo.

El aspecto más significativo de los debates de Nuakchott se ha centrado en el tema de la penetración comunista en Africa, cuestión que no había sido considerada por la O. U. A., pero que ha suscitado la alarma de algunos de los países reunidos en la capital mauritana. El presidente de Costa de Marfil, Felix Houphouet-Boigny, había pronunciado, el 8 de enero, estas palabras contundentes: "El peligro que hoy día se cierne sobre Africa procede de la China comunista. Nosotros, que no queremos en modo alguno que Africa permanezca bajo la dominación extranjera, ¿habíamos de tolerar que Africa sea china? Debemos encararnos con la realidad. Pekín ha fomentado disturbios y conflictos en Africa y está actuando a través de intermediarios"⁴. Y Tsiranana advertía solemnemente a la Con-

³ Después de la firma de la Carta se ha asistido a diversos conflictos territoriales: marroquí-argelino, somalo-etíope, ghano-togolés, kenyo-somalí, etc., y a la aparición de un sedicente Frente de Liberación de Eritrea que hace presagiar luctuosos acontecimientos.

⁴ El *Diario de Noticias* de Lisboa escribía en su artículo de fondo «Las declaraciones del misionero Joseph Schoonen, que ha vivido en Kivu durante muchos años, confirman lo que nosotros decimos a menudo sobre la infiltración comunista en Africa. En efecto, la infiltración chino-comunista en Africa es mucho más extensa que la de Rusia. Los comunistas chinos tienen su cuartel general en Argelia. El Ejército argelino está asistido por consejeros militares de Peiping. Ben Bella no ha ocultado nunca este hecho. Durante una reciente parada militar invitó a los comunistas chinos como huéspedes de honor. La infiltración comunista china en Africa empezó hace diez años, cuando Mao Tse-tung firmó un acuerdo cultural con Egipto. La actividad de Peiping ha ido en aumento desde entonces. Se han firmado acuerdos culturales y comerciales, se han hecho préstamos, se han ofrecido entrenamientos de guerrillas y se han suministrado armas y municiones. Finalmente, la infiltración chino-comunista llegó hasta el punto de atreverse a apoyar abiertamente el golpe de Estado en Zanzíbar. Las actividades de los comunistas chinos aumentaron después de la visita a Africa de Chou En-lai el pasado enero (1964). Se han establecido ahora Misiones diplomáticas de los chinos rojos en quince naciones africanas. La agencia de noticias comunista china *New China News Agency* está representada en doce capitales. El

ferencia acerca de dicho peligro, concluyendo: "Si nosotros no nos ponemos en guardia, si los occidentales no vigilan, sucumbiremos." Estas palabras reflejan muy exactamente la diferencia de matices entre las dos posturas: la declaradamente antioccidental de los Estados que más vociferan en la O. U. A.—los mismos que fomentan la subversión congoleña—, que con tal de borrar del continente toda huella de presencia blanca se han entregado resueltamente en brazos de la China que aspira a colonizarlos en cuanto se presente la ocasión y los países más realistas y objetivos del Africa francófona, que reconocen el peligro que se cierne sobre el futuro del continente y saben comprender que para evitarlo resulta necesaria la ayuda occidental, siempre que sea compatible con su independencia y soberanía.

En el momento actual, Africa debe considerar que su desarrollo económico, única garantía firme de su soberanía, es la cuestión primordial en la que necesita volcar todos sus esfuerzos y energías. Y para llevar a cabo tal desarrollo debe recibir el apoyo, técnico y financiero, de los países occidentales que por haber superado la etapa colonial han desechado toda apetencia territorial, de forma contraria a la China comunista, que necesita espacios donde colocar sus excedentes demográficos y cree haber encontrado en Africa la zona ideal. Por estas razones los Estados africanos deben resolver sus problemas de desarrollo serenamente, sin complicarse en pleitos dogmáticos, que acabarían transformándoles en feudos del Pekín en acecho.

En la hora actual, y esto lo han comprendido y expresado algunos de los reunidos en Nuakchott, una colaboración con Occidente, estructurada sobre la base del mutuo respeto y lealtad, es la garantía indispensable para que Africa no pierda la independencia lograda con tanto esfuerzo. Las fobias antiblancas a ultranza pueden ser la válvula de escape de un rencor carente, ya, de sentido, pero pueden ocasionar la merma o pérdida de la soberanía en provecho de potencias que, no siendo blancas, no serían menos duras para los africanos a la hora de mandar. El colonialismo, que ahora

corresponsal en Zanzibar es actualmente el ministro de Asuntos Extranjeros de Tanzania. Esta última Misión tiene treinta expertos, además del personal corriente. En Gamboa, en el Congo, existe un campo de entrenamiento de guerrillas mandado por comunistas chinos. Se encontraron muchos libros sobre entrenamiento de guerrillas en Kwilu, provincia del Congo. En su intento de subversión de Africa, los comunistas chinos mantienen que es una pobre nación que ha sufrido el colonialismo occidental y dicen que los chinos no son... blancos.»

se invoca profusamente como la síntesis de todos los males, cometió ciertamente incalificables desmanes—especialmente en sus primeras décadas—, pero aportó soluciones inéditas al porvenir africano. Uno de sus estadistas más calificados, el inteligente y mesurado presidente del Senegal, Leopold Sedar Senghor, pronunciaba estas profundas palabras el 25 de octubre de 1961: “El colonialismo tiene sus sombras y sus claridades. Si ha destruido cierto número de nuestros valores de civilización, Europa nos ha proporcionado valores de sustitución, casi todos valores de fecundación, de complemento.”

Por otra parte, la extensión que la no alineación ha logrado entre los Estados africanos ha favorecido, considerablemente, la infiltración comunista. Para demostrar su neutralismo sin mácula, la mayoría de los nuevos países iniciaron inmediatamente sus relaciones diplomáticas con Pekín, sin considerar que las nutridas misiones que se instalaban en sus Embajadas tenían, como labor fundamental, no tan sólo la captación de prosélitos, sino la de explotar hábilmente las disensiones internas o las diferencias exteriores para provocar disturbios y luchas que extiendan el caos que es el caldo del cultivo del bacilo comunista. Esta palpable realidad ha sido compendida por numerosos estadistas que en Nuakchott han descubierto la maniobra. Esa mal interpretada no alineación es, pues, la responsable de gran número de los conflictos que aquejan al continente. Con mucha razón escribía el periódico de Zambia *Northern News*, el 12 de diciembre: “Es ingenuo decir que el Gobierno se propone seguir la senda de la no alineación, cuando en países más veteranos y más experimentados esos mismos propósitos han acabado por conducirles directamente a caer en los brazos del comunismo.”

Cierto es que esta condena parcial de la actuación china ha despertado la oposición de ciertos Estados que en Nuakchott deliberaban. El 11 de enero, Radio Conakry señalaba las diferencias apreciadas respecto a la infiltración china que, en su opinión, eran tan considerables que “resulta lamentable la tentativa de cierta prensa de convertir la Conferencia en un encuentro idílico”. Pero no puede negarse que la voz de alarma está lanzada y que la Conferencia, pese a no haber existido unanimidad en sus pareceres sobre este punto, lo que explica que el comunicado final no contenga ninguna cláusula respecto a él, ha sido la primera ocasión en la que un grupo de Estados africanos proclaman oficialmente tal peligro. Siete de los Estados, encabezados por Costa de Marfil, han adoptado una resuelta

actitud frente a la infiltración y su eco se ha extendido a otros sectores continentales⁵. Entre los discrepantes, Congo-Brazzaville, merced a la absoluta libertad de expresión que ha caracterizado las sesiones de Nuakchott, ha considerado ilusorio el peligro y no ha recatado sus críticas a otros países asistentes a la Conferencia.

No pueden, por lo tanto, desconocerse las dificultades con que ha tropezado la Conferencia para llegar a acuerdos concretos⁶. No ha sido la menor la de superar los personalismos y los particularismos comunes a toda reunión africana de este tipo. "Tratamos de encontrar un acuerdo para salvar la Organización—declaraba el presidente senegalés, Senghor, el día 11—. El Senegal no tiene ninguna pretensión de ser el líder, en ninguna forma. Sólo desea la cooperación sobre una base de igualdad." Ese amplio y constructivo espíritu, primer indicio que hallamos de que los Estados africanos comprenden sus responsabilidades en la hora presente, ha conducido al indudable éxito de la Conferencia que con la creación de la O. C. A. M. (Organización Común Africana y Malgache) ha sentado un jalón decisivo para el porvenir de un Continente verdaderamente libre que no se resigna a caer en la órbita del neocolonialismo comunista.

Otro problema que ha retenido la máxima atención ha sido el de la guerra civil en el Congo. La grave intromisión efectuada en sus asuntos internos por ciertas potencias escandalosamente parciales y dogmáticas ha tenido la consecuencia de que bandas rebeldes al Gobierno legítimamente constituido—entrenadas para la acción terrorista en los países colindantes y con armamento suministrado por Pekín—han devastado el país⁷. La Comisión

⁵ Así, el 1 de marzo pasado, el ministro de Hacienda de Kenya, James Gichuru, manifestaba en el curso de una alocución pública que su país no podía aceptar nunca ni el comunismo soviético ni el chino. «Cualquier intento interno o externo encaminado a introducir el comunismo en Kenya encontrará una fuerte oposición, tanto del Gobierno como del pueblo, cuya tradicional sociedad no puede dar alojamiento a tal ideología.» Terminó afirmando que «nuestro Gobierno cree en el socialismo africano, que en términos sencillos ha sido interpretado como significado de oportunidad igual para todos los súbditos y seguridad de que ninguno será explotado por los demás.»

⁶ Antes de celebrarse la Conferencia, David Dacko, presidente de la República Centroafricana, declaraba: «Es muy difícil crear una unidad política entre países que no tienen ni fronteras comunes, ni las mismas preocupaciones económicas, ni el mismo grado de evolución.»

⁷ Acerca de las modalidades de esta intromisión, cfr. Julio Cola Alberich: «Discordia en torno al Congo», REVISTA DE POLÍTICA INTERNACIONAL, núm. 75, septiembre-octubre 1964.

de reconciliación congoleña establecida por la O. U. A. bajo la presidencia de Jomo Kenyatta no ha logrado ningún resultado positivo al pretender mantener una posición a ultranza a Moise Tshombe. Esta situación ha despertado la inquietud de una gran parte de los reunidos en Nuakchott. El presidente malgache, Tsiranana, después de la clausura declaraba en París: "La O. C. A. M. está dispuesta a tomar contacto con los insurgentes para ayudar a la reconciliación de los congolese. Nosotros queremos, en efecto, para el Congo una solución política amistosa." Añadió que esa mediación se ejercería si el Gobierno de Leopoldville y los rebeldes estaban de acuerdo con ella ⁸. La O. C. A. M. considera que es vital para el porvenir continental la pacificación y estabilidad congolese, pero, a diferencia de la O. U. A., reconoce que si allí continúa el desorden, es debido a que el comunismo está interesado en mantenerlo. "Armas de Europa oriental y de China pasan por Ghana—añadía Tsiranana—antes de llegar a los lugares de combate del Congo. De igual manera, los hombres que han fomentado los disturbios de Níger han sido entrenados en Ghana y en Nankín."

El interés de Africa exige que el Congo sea pacificado. La irreflexiva oposición a Tshombe demuestra la ceguera o perfidia de gran número de dirigentes africanos, porque, precisamente, el jefe del Gobierno congoleño acaba de señalar al Continente el camino de su futura grandeza: la soberanía económica. Con su acertada y firme actuación durante las negociaciones de Bruselas, durante el pasado mes de febrero, Tshombe ha regresado a Leopoldville con la cartera de acciones de su país retenidas por Bélgica, por valor nominal de 300 millones de dólares. Por lo que se refiere a la deuda pública congoleña, se acordó que el Gobierno de Leopoldville no asumiera más que la parte correspondiente a la deuda interior—310 millones de dólares—, mientras que Bélgica se hacía responsable de las cargas de la deuda exterior, que es de 200 millones de dólares, hasta tanto que el Congo normalice su situación. Esta actitud política que devuelve al país su riqueza económica contrasta con la de otros vociferantes estadistas continentales que van, paulatinamente, hipotecando la prosperidad de sus Estados en favor de las potencias comunistas, no menos ávidas que las capitalistas cuando se trata de intereses económicos. Un ejemplo de ello es que

⁸ De todas formas, la resolución del problema es difícil, puesto que, como reconoce el presidente malgache: «La dificultad de este asunto estriba en la ayuda que algunos países africanos aportan a los insurgentes, en lugar de trabajar por una reconciliación.»

Pekín y los restantes países abastecedores del bloque oriental se hacen pagar en oro—extraído de las minas ocupadas por los rebeldes, especialmente el completo de Moto, al noreste de Watsa, sede del “Gobierno” insurrecto—las armas proporcionadas a los secuaces de Gbenye⁹.

Esta continuada injerencia mutua ha sido enérgicamente condenada en Nuakchott. “Los jefes de Estado—dice el comunicado final de la Conferencia—deciden, en consecuencia, informar a la O. U. A. y hacer un llamamiento al sentido africano de todos los jefes de Estado del Continente para que un clima de cooperación en base de igualdad sustituya lo antes posible al actual clima de desconfianza producido por la intervención en los asuntos internos de los demás Estados. Y el mismo comunicado final, en otro párrafo declara que: “los jefes de Estado condenan enérgicamente la acción de algunos Estados, particularmente Ghana, que acogen a los agentes de la subversión y organizan en su territorio nacional campos de entrenamiento”.

Resulta, ciertamente, lamentable que aún tengan los países africanos que debatir un tema que se daba por definitivamente resuelto al adoptarse la Carta de Addis Abeba. Pero lo cierto es que la no injerencia en los asuntos internos de los Estados, consecuencia directa de su independencia y soberanía, aprobada por la O. U. A., no ha pasado de ser una declaración platónica, puesto que ha persistido la tendencia, advertida desde el momento inicial de la descolonización¹⁰, de pretender señalar rumbos y orientaciones a la política interna y exterior de ciertos Estados, interferencias que la O. U. A. no ha sabido resolver en modo alguno dando, por añadidura, un ejemplo flagrante de parcialidad incompatible con la armónica convivencia. Houphouet-Boigny ha planteado enérgicamente en Nuakchott que las relaciones interafricanas deben fundamentarse en la neutralidad y en la no intervención en los asuntos internos de los Estados, y en el mismo sentido se expresó el presidente malgache, Tsiranana, que en sus declaraciones del 18 de febrero en París, acusaba a Ghana de organizar la sub-

⁹ No obstante, para cierta prensa, los terroristas de Gbenye, que de tal forma saquean el patrimonio nacional, son «patriotas», mientras que Tshombe, que tan hábilmente ha restituido al Congo las riquezas retenidas por la alta finanza internacional, es un «lacayo de los imperialistas».

¹⁰ Recordamos los casos de intromisión señalados en nuestro anterior estudio, «La explosiva inestabilidad africana», REVISTA DE POLÍTICA INTERNACIONAL, núm. 77, enero-febrero 1965.

versión entre sus vecinos y precisaba que los trece Estados francófonos habían constituido la O. C. A. M. para reaccionar contra tales métodos.

Ciertamente, los acuerdos de Nuakchott, con la unión, tal vez precaria, de los Estados subsaharianos francoparlantes, demuestra que existe un mutuo y vigoroso vínculo de solidaridad económica y cultural que puede derivar al apoyo común en la esfera internacional. Los trece votos de la Organización pueden pesar decisivamente en toda deliberación a escala africana o mundial.

* * *

Tras de Nuakchott, Nairobi. La cuarta sesión de la O. U. A. tenía que considerar varias cuestiones difíciles: conclusiones de la Comisión encargada del arbitraje y conciliación en el conflicto argelino-marroquí, denuncia de la infiltración china por un grupo de Estados de la O. C. A. M. y, también, fracaso de la Comisión de conciliación para el Congo.

Respecto al último tema, Ghana y Guinea habían imposibilitado el éxito de la acción de la Comisión, presidida por Jomo Kenyatta¹¹, al oponerse a que sus delegados se trasladasen a Leopoldville para celebrar conversaciones con Tshombe. La resolución del problema congoleño, no obstante, además de ser una obligación implícita en la Carta de la O. U. A., se deriva del mandato conferido por la O. N. U.¹².

Al estudiar nuevamente la situación, en Nairobi, en vez de hallarla en trance de solución, se comprobó que habían surgido nuevas complicaciones. Por lo pronto, en el orden del día de la reunión de ministros figuraban tres asuntos antagónicos que hacían referencia al complejo problema:

a) La acusación de Leopoldville de que varios Estados miembros—entre ellos Argelia, Sudán y la R. A. U.—prestan ayuda a la rebelión congoleña

b) Otra acusación del Congo dice que desde el vecino Congo-Brazzaville se envían fuerzas para vigorizar la rebelión.

c) Una protesta de Uganda sobre bombardeos de localidades de su territorio nacional por aviones congoleños de propiedad norteamericana.

¹¹ La Comisión tiene por misión: a) Mantener las tentativas de reconciliación nacional del Gobierno de Leopoldville. b) Normalizar las relaciones entre el Congo y los Estados vecinos.

¹² El 30 de diciembre de 1964, el Consejo de Seguridad había votado una resolución «animando a la O. U. A. a proseguir sus esfuerzos con vistas a la reconciliación nacional en el Congo».

El 28 de febrero, el secretario general de la Organización, Diallo Telli, leía un informe de 16 páginas en el que se refería, de modo especial, a los trabajos de la Comisión *ad hoc* sobre el Congo. Pero el problema sigue vivo y la O. U. A. está demostrando incapacidad para resolverlo. Si no se corrige el sectarismo de algunos de sus miembros más prominentes, la Organización africana corre el peligro de sufrir una parálisis semejante a la que aqueja a las Naciones Unidas, atrofiada por análogas razones. Ya se está viendo, elocuentemente, su impotencia para solucionar las cuestiones graves, puesto que, además, sigue vigente el del trazado fronterizo argelino-marroquí.

En efecto, el 2 de marzo, la Comisión política del Consejo de ministros de la O. U. A. estudiaba el informe sobre la diferencia marroquí-argelina, "acogiendo favorablemente" los progresos conseguidos. Eufemismo que no basta para ocultar la realidad, puesto que, al día siguiente, se informaba extraoficialmente que la Comisión *ad hoc* "no ha llegado finalmente a conclusiones definitivas tanto sobre la responsabilidad del conflicto como sobre las soluciones que podría adoptar". Diallo Telli declaraba que "teniendo en cuenta las opiniones expuestas, la Comisión no puede formular una recomendación definitiva destinada a ser sometida al Consejo de ministros y que se ha elaborado con este fin un informe intermedio sobre estas actividades".

Pero si la O. U. A. no ha conseguido solventar ambas situaciones, no ha carecido de arrestos para crear nuevos, e innecesarios, problemas. Nos referimos a la declaración de la Comisión política, del 2 de marzo, acuciando para la "descolonización" de Rhodesia, "una de las que más preocupan a los países africanos", según afirmaba enfáticamente Telli, que agregaba: "la vigilancia de la O. U. A. no debe cesar, a fin de evitar que Rhodesia se convierta en una segunda Africa del Sur". Es posible que, merced a los cuidados de tan eficaz organismo, Rhodesia no se convierta en otra Sud-áfrica (nunca, por supuesto, en su potencialidad económica), pero sí puede transformarse en un segundo Congo. Perspectiva que no desagradaría a los países que, como Ghana, centran toda su atención en tratar de arreglar la casa del vecino.

* * *

De Nuakchott a Nairobi media un mundo. El realismo político, el sereno examen de los problemas y la construcción de los cimientos en que asentar

JULIO COLA ALBERICH

el porvenir frente a los dogmatismos, la incapacidad y los recelos. El mensaje de Nuakchott, aun incompleto, puede ser el embrión de una nueva estructuración del Continente sobre bases más afines a su propia idiosincrasia y, por descontado, más útil para el logro del supremo objetivo del progreso africano.

JULIO COLA ALBERICH.